

*¿Qué hacer cuando los secretos deben seguir ocultos
pero el amor no deja de recordártelos?*

TESORO OCULTO

DIANA SCOTT

SERIE
STONEBRIDGE
PARTE 1

The background of the cover is a solid teal color. In the lower half, there are several decorative elements: two red velvet hearts, a long red ribbon that curves across the frame, and a red velvet jewelry box containing a pearl necklace. The text is positioned in the upper half of the image.

Tesoro oculto

Serie Stonebridge

Libro I

Diana Scott
Published by Diana Scott

Copyright 2017 Diana Scott

Índice

[Prólogo](#)

[Un día nublado](#)

[Me arriesgo](#)

[Quién eres](#)

[Un día más](#)

[Soy yo](#)

[Nada personal](#)

[Vuela conmigo](#)

[Un nuevo amanecer](#)

[Me debes algo](#)

[Nuevos comienzos](#)

[Quien dice uno...](#)

[No necesitas buscar](#)

[Fabergé](#)

[Nos estamos perdiendo](#)

[Estamos enamorados](#)

[El pasado siempre vuelve](#)

[Lo que yo deseo](#)

[Un día más](#)

[El primer paso](#)

[Peligro](#)

[No puedo](#)

Prólogo

— Pensé que no aceptarías.

— Soy el regalo de cumpleaños—. Los ojos azules y pecaminosamente masculinos se iluminan transgresores.

— Eres un perverso...

— Y ahí radica mi mayor atractivo.

Ella se frota melosa sobre su marido que asiente conforme. La larga cabellera dorada se extiende por su delicada espalda mientras besa a su pareja con esmerada gratitud.

¿Qué mujer no enloquecería frente al pequeño obsequio que su marido le ha organizado?

Llamar pequeña sorpresa al atractivo de Reed es quedarse muy, pero muy corto. Ella arde en deseo ante semejante sorpresa y la necesidad le sube por las piernas.

— ¿Amor, Blue Hawaiian para comenzar?

— Me encanta.

— ¿Reed?

— Por ahora nada.

— ¿Me la cuidas hasta que regrese?

— Un placer.

— Confío en ti— contestó sonriente—. Iré a la barra.

No me esperéis para comenzar. Tardaré el tiempo suficiente para disfrutar de las vistas cuando regrese.

Reed no se hizo esperar. Se aferra a la mujer atrayéndola directamente a su duro cuerpo que la espera ansioso. Ella se sujeta con ansias a los fuertes brazos y morderlea con desesperación los carnosos labios varoniles que se le ofrecen en bandeja.

— Te deseo...— Susurra melosa.

— Esta noche soy tu regalo. Puedes jugar conmigo hasta que te canses.

La rubia acaricia deseosa por abrir el envoltorio y gozar de tan ansiado premio.

— Eres el más glorioso de los obsequios.

Ambos se acarician sensuales y sin descaro. La mujer enreda sus manos en el rebelde cabello de Reed con impaciente angustia. Desea jugar con su maravilloso presente y no quiere esperar. La beldad se frota contra el miembro viril. Intenta someterlo a su poder, desea ser la dueña de su pasión, lo acaricia y estimula atrevida pero él no se lo permite. Ella es una fiera pero Reed es el domador.

— Oh...— La mujer suspira cuando comienza a recibir pequeños mordiscos adiestradores sobre su cuello.

Con poca delicadeza y sin aviso previo, su dulce cuerpo queda atrapado contra la mesa y es devorada por un hombre que le demuestra perfectamente quien gobierna la situación.

Él no juega, él ataca. Reed es el amo y señor de sus deseos. Nunca perderá la cabeza por nada ni por nadie.

La música sensual es embriagante. Los suaves gemidos de parejas cercanas se entrelazan insolentes con el choque de cuerpos hambrientos por la pasión. El ambiente huele a lujuria y desenfreno. El Templo de las Pasiones es el sitio perfecto para gozar. Invita al placer y ofrece rienda suelta a una sexualidad amarrada bajo los prejuicios de la sociedad.

Reed es socio Vip de la sala. El Templo de las Pasiones es su forma habitual de conseguir placer sin compromisos. Sexo sin sentimientos. Ese es el único viaje permitido a un viajero que aún sangra vergüenza y dolor.

Su cuerpo está listo para comenzar el festejo. Sus manos ásperas estrechan la delicada cintura demostrando la intensidad de su deseo y la joven gime por rozar su piel. Un cuerpo masculino se suma a la pareja y se pega a la delicada espalda de la joven. El hombre acaricia sus redondeados senos excitados y la rubia gime impaciente.

— ¿Cariño, nos marchamos con Reed? En la sala canela nos esperan.

— Mmm.

— Amor...— Toni sonríe mientras mordisquea el hombro de su esposa— ¿Ese sonido es un sí?

Reed se aferra a su estrecha cintura y restriega su erección sobre la corta minifalda intentando conseguir una respuesta. No se encuentra en condiciones para mayores esperas.

— Sí...Sí.

— ¿Parece que mi dulce esposa quiere recibir su regalo de cumpleaños?

— No la hagamos esperar—. Dijo ronco por la pasión.

Ambos hombres guían a la excitada mujer hacia el pasillo. Atraviesan un abarrotado salón con una atareada actividad sexual y caminan impacientes rumbo a la habitación canela. Allí los espera su gangbang particular.

El matrimonio entra en primer lugar y Reed cierra la puerta tras ellos con los ojos consumidos por un deseo que apenas podrá saciar. Para Reed el sexo sólo representa simples migajas mezquinas de algo que jamás sentirá.

.....

No muy lejos de allí...

— ¡Fue un accidente! Él no tendría que haber estado allí...Yo no quise. No fue mi intención.

La sombra en la oscuridad camina nerviosa de un lado a otro mientras mesa su pelo. El hombre de complexión fuerte, que se encuentra en el rincón contrario de la habitación, acaricia la reliquia entre sus manos sin prestar mucha atención al sufrimiento ajeno.

— *krasivya...*— Murmura admirado.

— Sí, es preciosa ¿pero a qué precio?

La figura en la sombra se dejó caer en el sofá intentando que la oscuridad de la noche oculte sus remordimientos.

— Amigo, tú no poder controlar el destino. Ese hombre no aceptar razones.

— No quería matarlo—. Gritó ofuscado.

— *Nichego ne popishesh.*

— Tienes razón, no pude hacer otra cosa pero...

— Tú no preocupar más. Ese hombre ser un idiota y no deber actuar así. Tú y yo ser ricos en poco. Vayamos a hotel mío. Allí vodka y buena compañía os harán olvidar.

El grandullón guió al afligido hombre hacia la puerta mientras disfrutaba de su nueva pieza de colección. Con ella obtendrían suficientes fajos de dinero como para olvidar más que rápido a estúpidos cadáveres entrometidos.

— Buen futuro nos espera, ahora vamos a gozar.

— Eso me gusta—. La sombra se rió olvidando sus tristes remordimientos.

— Y cuando tú ver amigas mías tú gustar aún más—
El grandullón rió exaltado.

Ambos partieron de la oscura habitación, sonrientes al reconocer el delicioso camino que comenzaban juntos.

Un día nublado

¿Por qué será que la gente nunca lleva paraguas? Diluvia como nunca pero ellos corren de aquí para allá como hormigas a punto de ahogarse.

Sorbo otro poco de té con limón concentrada en la imagen que me ofrece mi ventanal del tercer piso en Stonebridge. Hoy la concentración me rehúye. Son tiempos complicados, diría mi hermana, y no seré yo quien se lo niegue.

Hoy es mi aniversario, cumpliríamos diez años de casados y a pesar de los últimos tres años de soledad y los siete anteriores de espesas lágrimas, no consigo dejar de pensar como sería todo si estuvieras aquí. ¿Estaría contigo o habría tenido el suficiente valor para darte una patada en el culo y seguir adelante sin mirar atrás?

La vida no es muy justa con algunas personas y en mi caso se ha cebado con ganas. ¿Qué será lo próximo a una orfandad inesperada y un marido que te valora lo mismo que a un felpudo? Sorbo otro poco de té mientras continuo observando por la ventana.

— Se va a estropear los zapatos con tanta agua...

La gente se mueve, no quieren mojarse, están apurados ¿Por qué no llevan paraguas?

Termino mi infusión pero mi cerebro es un come-come que no me da tregua.

John está muerto y no volverá, eso es una realidad. Estoy sola y sigo adelante. El tiempo pasó y la serenidad ha retornado a mi vida. No estoy tan mal como los demás imaginan pero hay tantas cosas que ellos no saben... Mi vida esconde demasiados secretos sin confesar y muchas vergüenzas que no termino de aceptar.

Al casarme era una jovencita que buscaba cobijo, seguridad y John representó eso y mucho más. En los primeros años podría decir que lo conseguí e, incluso, llegué a ser feliz, pero luego todo cambió. Mi sosiego se convirtió

en la más penosa de mis agonías. Hoy soy capaz de reconocer que jamás tuve mi época dorada.

Actualmente trabajo como directora del Museo Arqueológico Stonebridge, he conquistado una vida con la que sí deseo vivir. Soy una respetada profesional, me siento libre y lucho contra mis miedos que aunque siguen siendo muchos, me siento fuerte para afrontarlos. Los sufrimientos ya no existen. Los únicos golpes que recibiré de hoy en adelante son los propios de la vida y me prepararé con uñas y dientes para hacerles frente.

Los miedos son desafíos que no temo experimentar. John, desde allí donde estés, escúchame bien, espero que te pudras porque ¡No te perdono!

— Anne, me marchó—. La voz de mi secretaria desde la puerta me distrae de mi auto reivindicación de libertades— Ha llamado tu hermana y dice que te espera para cenar.

— Gracias. Ten cuidado que está diluviando.

Mary sonríe acomodándose su generoso escote y sale despreocupada, las veinteañeras no temen estropearse la ropa.

— Anne, deberías salir y buscar un señor que te de calorcito en días como este.

¿Señor? Claro, como soy viuda, sólo valgo para canas y bastones. Mejor me callo. Todos conocemos a Mary y su dichosa rivalidad femenina y aunque yo simplemente lo llamaría puta envidia, no puedo expresarlo en voz alta. Las mujeres inteligentes somos libres de pensamientos pero prisioneras de nuestra buena educación.

— Buenas noches Mary.

Doy por finalizada la conversación al escuchar el sonido insistente del teléfono.

— ¡Marc! Que alegría...¿Estás en la ciudad?...Me parece perfecto...¡Sí! Jaja. No seas pesado. Lo prometo. Organizaré todo para que en esa semana tú seas mi única prioridad...Yo también te quiero mucho pero la cena la pagas tú, mi economía no es tan solvente como la tuya—.

Marc ríe al otro lado de la línea—. *Otro besazo para ti también. Nos vemos pronto.*

Marc Olson, uno de los hombres más fieles que conoceré jamás. Siempre allí. Él nunca se marchó. Cuando tu marido es un prestigioso arqueólogo internacional mucha gente te llama para ofrecerte sus condolencias pero con el tiempo todos comienzan a desaparecer y sólo te quedan tres o cuatro personas que nunca te abandonan. Personas leales y sinceras como mi gran amigo Marc.

Siempre presente, siempre allí cuando lo necesitas. El hombre ideal para cualquier mujer excepto para mí, que sólo fui capaz de sentir una preciosa amistad. ¿Debería darle una segunda oportunidad? Es guapo, inteligente y enamorado de mí desde hace años ¿Por qué no volver a intentarlo? En aquellos meses de noviazgo éramos apenas unos críos pero hoy somos dos adultos solitarios y yo podría probar...¿Que va! No quiero una pareja, yo deseo vivir, experimentar y punto pelota. Mejor me dejo de estupideces...

— ¡La hora!

O me lanzo a correr o Jane me despellejará viva por salir nuevamente tarde. No hay nada que odie más que su delicioso Rosbif con puré de patatas se quede frío.

Salgo corriendo cuando me doy cuenta.

— ¡Mierda! No llevo paraguas— Río divertida— ¡Y qué más da! No tengo veinte años pero soy feliz— sonrío sola con mis tonterías y marcho esperanzada. El futuro me deparará todas las aventuras que yo decida aceptar y no pienso rechazar ninguna.

Me arriesgo

— Anne, me voy...— Es la segunda vez que se des-
pide en los últimos diez minutos pero no termina de mar-
charse.

— ¿Te pasa algo?

— En cinco minutos saldrá por esa puerta el hombre
más guapo del mundo.

— ¿De la oficina en obras?

— Sí.

— ¿Y lo acechas para violarlo en el pasillo?

— Mejor en el ascensor— Niego con la cabeza
mientras Mary sonrío con picardía.

— Buenas noches Mary.

Bajo la mirada al teclado. Saco más provecho si con-
tinuo con mi informe y termino pronto el informe, que se-
guir escuchando las sandeces de mi secretaria. Las finanzas
en el museo son delicadas y los ingresos son muy escasos,
por lo cual o hago encaje de bolillos o muchos de mis com-
pañeros en el área experimental terminarán en la calle.

Miro al reloj y compruebo que me ha vuelto a pasar.
Han pasado dos horas del horario de salida y es tardísimo.
Me restriego los ojos releendo la documentación y parece
fiable ¿pero lo suficiente como para atraer nuevos inverso-
res? De eso no estoy tan segura. No puedo permitirme
errores, necesitamos el dinero. En fin, por esta noche no
puedo hacer mucho más. Recojo mis cuatro cosas y me
marcho derechito a casa.

— ¡Mierda!

Mi avejentada agenda y sus cientos de papelillos
vuelan por los aires. ¡Por favor, que desastre! Después de
todo va a ser verdad y tengo que jubilarla. Me agacho para
recoger el estropicio de tarjetas desperdigadas en el suelo
de madera y me marcho.

El Templo de las Pasiones... Leo la tarjeta descolori-
da por el paso del tiempo. ¿Cuántos años llevo guardando

esta tarjeta? Tres...¡No! Ya son cinco años. Me siento en la alfombra mientras recojo el resto de papeles.

De novios John nunca estuvo de acuerdo con mis curiosidades sexuales y dentro del matrimonio el sexo se convirtió en un tren al que era mejor no subirse. Cumplir y callar pensando sólo en cuando se iba a terminar. Esa era mi vida sexual.

“Mujeres como tú no atraen”. Esa era su frase habitual. ¿Mujeres como yo? ¿Aburridas? ¿Resignadas? ¿Insípidas? ¿Monótonas?. ¡Y un pimiento! Yo no soy así, puede que lo haya sido pero ya no más.

Templo de las Pasiones, espero que sigas abierto porque mañana mismo pienso ir a visitarte y ya veremos a qué tipo de mujer pertenezco. Ya no necesito pedir permiso para hacer lo que me plazca, buscar lo que me interesa o probar lo que deseo. Autoestima pintándose los labios de rojo pasión.

.....

— Te digo que tengo esta invitación.

— Y yo le reitero que no puede entrar. Esa entrada caducó hace años.

— Se me ha pasado la fecha. Vamos, no seas así. ¿Me ves aires de peligrosa?— Le regalo la mejor de mis sonrisas— ¡Mira! Te estás riendo. No seas así, es mi primera vez...Sólo estaré un ratito corto. Una copita y me marcho.

— Lo siento pero no puedo. Quizás otro día.

El grandullón se mueve hacia un costado dejando pasar a dos mujeres maravillosas que no necesitaron ninguna presentación.

— ¿Qué pasa? ¿Las pelirrojas no somos bienvenidas?— Digo molesta— ¿Ellas sí pero yo no?

— Debes ser socia o estar invitada por uno de ellos. Las preciosas como tú también están obligadas a cumplir las reglas.

Ay que tierno, me ha llamado preciosa...Me lo como. Pongo carita de inocente como último recurso pero na-

da. Que no va a dejarme entrar. Me resigno a regresar a casa cuando una voz gruesa y varonil capta toda mi atención.

Ay madre, que este hombre no puede ser real. Cabellos negros como la noche y un poquito más largo de lo habitual, enmarcan una cara recia y masculina. Debe medir más de metro ochenta pero no es de esos flacuchos alargados sino por el contrario parece que entrena lo suficiente como para que sus brazos se marquen a través de la camisa. Viste pantalones claros con camisa azul celeste y es el hombre más atractivo que he visto jamás. Me tambaleo pensando la de cosas nuevas que podríamos probar juntos en horizontal, en vertical, en el aire, en el agua y donde el cuerpo me aguante. ¡Ay madre! Si al final va a resultar que no soy ningún muermo...Jódete John.

— Marcus, deja pasar a la señorita. Viene conmigo

— Reed, sabes que no puedo dejarla entrar. Si llega a provocar algún incidente, Solange me echará a los lobos como desayuno.

— Ella no se separará de mi lado ¿no es así Anne?

¿Cómo sabe mi nombre? No importa, con esos ojos azules le acepto todo.

— Sí quiero...Es decir, sí prometo...Sí a todo...— Ay madre, me estoy enterrando en el lodo.

El Dios masculino mueve un lateral del labio ¿Qué fue eso, un simulacro de sonrisa?

— ¿Segura que quieres entrar?— Me pregunta con firmeza.

— Siempre lo he querido pero nunca he tenido la oportunidad.

— Yo te lo daré— Me toma de la mano y entramos a pesar del disgusto del pobre Marcus que no está para nada conforme con mi presencia.

Caminamos despacio para no tropezarnos. El salón principal está en penumbras y yo intento no caerme debido a la escasa luz. Mis pupilas se dilatan acostumbrándose a la oscuridad del lugar. El ambiente es curioso, diferente, incluso podría decirse que un poco sobrecargado pero muy apropiado.

La música sensual envuelve el ambiente. La sala brilla de forma intermitente y los espejos cubren casi la totalidad de las paredes. A mi derecha una pequeña barra de bar está dirigida por un camarero sonriente que atiende sin descanso. Los colores plata y dorado completan una decoración barroca de lámparas y luces color pastel. Las parejas disfrutan sonrientes mientras otros solitarios se limitan a observar.

En un abrir y cerrar de ojos, unos potentes focos iluminan la tarima hasta hacerla brillar de forma deslumbrante. Tres mujeres de minúsculos Bikinis comienzan un baile altamente sensual. Ellas se contonean sensuales alrededor de unas barras de metal, que se extienden desde la tarima de madera caoba hasta el techo impecablemente blanco.

— Si prometes no escaparte voy a por unas copas —. Asiento con la cabeza sin poder pronunciar palabra.

Mi boca abierta de par en par no deja de exclamar. Es el mayor espectáculo erótico que he presenciado jamás. Si alguien me lo quisiera contar diría que roza lo ordinario pero no es exactamente así. Aquí nadie grita descontrolado como en un bar de soldados calenturientos, sino muy por el contrario, tanto hombres como mujeres disfrutan de lo que podría llamarse un espectáculo deliciosamente carnal.

Unas señoritas terriblemente guapas y con vestidos minúsculos, cada tanto se acercan a unas mesas invitando a ciertas parejas a algo que desconozco pero que ellas asienten mientras se dirigen a diferentes puertas ubicadas al final de un largo pasillo. Intento seguirlos con la mirada pero los sonidos de admiración frente a una de las bailarinas que logró subir por el tubo hasta el techo, me distrajo de mis cotilleos.

— Guau.

— Champagne— El Dios hecho hombre me acerca su mano que sujeta una delicada copa de cristal.

— Gracias— No puedo mirarlo a los ojos porque tiene un efecto directo en mis piernas. Se me aflojan.

— Muchas gracias por todo pero no tienes que hacerme compañía. Estoy segura que tendrás tus propios pla-

nes.

Es curioso pero su mirada seria y fría no me asusta sino muy por el contrario me atrae y provoca pero no me atemoriza.

— No tengo planes. De momento...

Ay madre. El corazón se me desboca de sólo imaginarlo. ¿Cuánto tiempo llevo sin sexo? Los calores que suben por mis piernas y los temblores de ansiedad, dicen que mucho.

El Dios humano se sienta a mi lado y su perfume me embriaga. Maderas, almizcle y esencia varonil al cien por ciento.

— ¿Es lo que esperabas?

— Sí y no—. Me mira desconcertado y sonrío como cada vez que me mira.

— La decoración es espectacular pero me esperaba algo más...

— ¿Algo más?

— No sé, algo más ¿fuerte?

— Algo como orgías, sados, tríos, intercambios...

— Yo no dije eso—. Me estoy poniendo más roja que mi pelo.

— Pero lo has pensado.

— Eso sí—. Lo de mentir se me da fatal.

— Te gusta jugar fuerte.

— No, que va...Yo no...Nunca...—. Ay madre que me estoy enterrando otra vez. Autoestima corriendo desparvorida.

El Dios griego en versión morena me ofrece su escueta sonrisa e intuyo que se está burlando.

— No te rías de mí...Las mujeres tenemos los mismos derechos que los hombres a experimentar.

— Amén por eso.

Dos parejas de una mesa cercana se ponen de pie y se dirigen al gran pasillo lateral.

— ¿Dónde van?

— A experimentar.

— Oh...